

Siempre ha ejercido natural influencia el carácter del orador en su oratoria; pero tal vez no hayan brillado jamás en la tribuna dos hombres cuya elocuencia participara tanto de sus cualidades morales como la de Fox y la de Pitt. Porque si los discursos de Fox deben mucha parte de su encanto al calor de su corazón, á la bondad de su modo de ser, á la simpatía constante que le inspiraba el sufrimiento humano, á su admiración por todo lo grande y bello, á su odio á la injusticia y la crueldad, partes que tanto nos interesan y deleitan áun leyendo los extractos peor redactados, nadie podía oír á Pitt sin reconocer á seguida cuánto era grande y clara su inteligencia, y cuán penetrado y orgulloso estaba de su rectitud y superioridad, y cuán refractario era ciertamente á los vicios tan feos de la envidia y del miedo, y cuán dispuesto se hallaba siempre á sentir desprecio por los demás, y cuán propenso á demostrarlo; como que todo él era orgullo, cincelado, por decirlo así, en los duros rasgos de su fisonomía, indicado en su ademán y su actitud, hablando, en silencio, de pié, sentado, al saludar, constantemente. Y este orgullo debía por necesidad inferir muchas heridas, tantas, que si entre las mil invectivas lanzadas contra Fox no se halla una sola palabra que sea parte á indicar que tuviera enemigos personales, muchos varones ilustres que fueron partidarios de Pitt y que no cesaron de apoyar su política y su administración, tales como Cumberland, Boswell y Mathias, por ejemplo, sufrieron tanto de su defecto dominante, que hartos se quejaron de él en sus escritos. Sin embargo, este orgullo que lo hacía odioso á ciertos magnates, inspiraba respeto siempre á la multitud de sus partidarios en las Cámaras y la nación, y lo reputaban

por buen indicio, persuadidos de que su confianza en sí mismo no era la propia de hombres improvisados desvanecidos con los triunfos y los aplausos, y que al primer contratiempo caen del pedestal de su grandeza en humilde abyección, sino la propia del hombre magnánimo, magistralmente descrito por Aristóteles, y que se halla persuadido de merecer el lugar que ocupa. Y como esta confianza provenía del convencimiento íntimo de su capacidad y de su valor moral, nunca rayaba más alto que en la ocasión de los peligros y de los obstáculos que hubieran enervado y abatido á espíritus vulgares; y como por otra parte se unía estrechamente á las ambiciones más puras, el cínico menosprecio con que prodigaba títulos y honores á diestro y siniestro entre aquellos que los pretendían, mientras él los apartaba desdeñosamente de su camino, tenía mucho de noble y de grande. Lo rodeaba muchedumbre de amigos á quienes había distribuido sueldos de tres, seis y diez mil libras esterlinas al año, y él estaba pobre; había hecho más lores que los tres ministros precedentes, y seguía siendo y llamándose Mr. Pitt, y las insignias de la Jarretiera, tan pretendidas y solicitadas de los primeros grandes de Inglaterra, siempre que le fueron ofrecidas las rehusó.

La regularidad perfecta de su vida privada contribuía mucho también al prestigio de su vida pública. En las relaciones de hijo, de hermano, de amo y de amigo, fué su conducta ejemplarísima. En el círculo estrecho de la intimidad era siempre amable, cariñoso y alegre á las veces. Amabanlo sus deudos sinceramente; á su muerte, lo sintieron con amargura y por largo tiempo, y cuando pensaban en sus virtudes, no podían persuadirse de que

hombre tan bueno y afectuoso con ellos fuera duro y altivo con los demas. Cierto es que solia cometer algun exceso en la bebida, cuyo uso le fué recomendado por los médicos, y llegó á ser necesidad de su régimen higiénico; pero no lo es ménos que nunca su voz ni sus ademanes lo indicaron, y debemos advertir de paso que dos botellas de Oporto le hacian el efecto de dos tazas de té. Cuando lo presentaron en los clubs de la calle de Saint-James, demostró mucha inclinacion al juego; mas duró poco tiempo su aficion, pues tuvo la prudencia y fuerza de voluntad bastante á reprimirla mucho ántes de verla tornada en pasion irresistible; y por lo que hace á otras flaquezas propias de la juventud y que suelen avasallarla en ocasiones, no las tuvo, debiendo atribuirse sin duda esta circunstancia, no sólo á su temperamento, si que tambien á su posicion, pues ni tenía salud perfecta, ni vagar, ni osadia. Mucha materia dió esta su rigidez de costumbres á las burlas y epigramas de Peter Pindar y del capitan Morris; empero la gran mayoría de los ingleses de la clase media lo hallaba muy de su agrado así, y se deshacia en alabanzas del jóven ministro que así dominaba sus pasiones y velaba decorosamente sus flaquezas, si es que las tenia. No lo habrian estimado más sus compatriotas si en desagravio de ciertas sátiras punzantes hubiera protegido cortesanamente del jaez de la Nancy Parsons ó de Mariana Clarke.

Ni mucho ni poco influyó en la popularidad de William Pitt las alabanzas de los poetas, pues si á título de hombre de felicísimo ingenio, de literato clásico y de buen gusto, de orador cuya diction mereció ser comparada con la de Marco Tulio, y de representante de un centro universitario famoso, hu-

biera podido esperarse de él que patrocinara los escritores de talento en cualquier bando político que los hallara; si el amor á las buenas letras indujo á César Augusto á colmar de mercedes á los poetas del partido de Pompeyo, y á Somers á proteger á los injuramentados de su tiempo, y á Harley á enriquecer y elevar á los autores *whigs*, este amor no fué parte á inclinar el ánimo del hijo de lord Chatham á mostrarse benévolo siquiera con los escritores afiliados á su bandera y sometidos á su ley. Acaso tenía razon al pensar que, por regla general, la poesía, la historia y la filosofia deben quedar fiadas á su propio esfuerzo é iniciativa y buscar su premio en la concurrencia del mercado como sucede con los artículos de comercio; acaso tenía razon pensando que acostumbrar á los literatos y escritores á contar habitualmente con el Estado para la recompensa y remuneracion de sus obras, es tan perjudicial para el Estado como para las letras, porque, á decir verdad, nada es más nocivo y absurdo que aficionar á escribir libros prodigando los recursos del Erario público á ciertos pretensos autores que harian mejor en medir varas de paño, ó despachar especias. Pero si es razonable y justo dejar que los lectores retribuyan por sí mismos á quien los instruye y deleita, siempre tuvo y tendrá esta regla sus excepciones, y será empresa muy meritoria de los grandes ministros el descubrirlas, sobre todo cuando, como acontecia con Pitt, pueden hacerlo por sí propios fácilmente en razon á ser peritísimos en la materia. Sin embargo, miéntras Pitt estuvo al frente de los negocios públicos, se vió reducido el primero y más grande filólogo del siglo, su condiscípulo de Cambridge, á ganar el sustento penosamente haciendo gacetillas para el *Morning Chroni-*

de, en vez de habernos dejado el texto auténtico de los trágicos y cómicos de Atenas; y el más famoso historiador de la época, forzado de la necesidad, emigró de su patria, para dar de mano á la obra inmortal que hizo su nombre tan ilustre y glorioso entre las gentes. Tal vez se alegue por algunos, á título de disculpa ó de justificacion de la conducta de Pitt, que las opiniones políticas de Porson y las religiosas de Gibbon fueron causa de que los abandonase á su triste suerte; pero hay otros casos análogos á estos y respecto de los cuales nada es posible decir que sea parte á excusarlo en modo alguno.

Decimos esto, porque los momentos mismos en que Pitt empuñaba las riendas del gobierno, un escritor eminente á quien no fué parte á enriquecer la claridad de su ingenio, y que ya iba viejo, achacoso y afligido camino del sepulcro, habria remediado su pobreza y podido emprender un viaje á Italia que prolongara su vida siquiera por tres años con una gratificacion de seiscientas libras esterlinas; y como no mereció ni el más pequeño auxilio, ántes de Navidad murió en la pobreza bajo el cielo brumoso é insalubre de Lóndres. Pocos meses despues de haber pasado de esta vida el autor del *Diccionario inglés* y de las *Vidas de los poetas* (1), veia la luz pública bajo el título de *The Task* un poema, el mejor sin duda ninguna que hubieran producido los autores contemporáneos ingleses; obra que debia excitar no sólo admiracion, sino simpatía y lástima en favor del poeta ilustre, del hombre de ingenio y virtud que vivia pobre, triste, solo y abrumado de la enfermedad más cruel de cuantas puedan ser

(1) Samuel Johnson,

martirio del alma de quien há menester ganar el pan de cada dia con el trabajo de la inteligencia. Nunca fué Chatham alabado por manera más entusiasta en versos más dignos del asunto que lo fué aquella ocasion en *The Task* (la Tarea); pero el hijo de Chatham se dió por satisfecho leyendo y admirando los conceptos del libro, y dejó al autor en la indigencia.

Se dirá, tal vez, que Cowper disfrutó de una pension durante algunos años, merced á la cual los dias postreros del melancólico escritor pasaron libres de congojas y tribulaciones; pero esta dádiva la obtuvo lord Spencer, que venció los obstáculos opuestos en fuerza de benévola solicitud. ¡Qué contraste ofrece la conducta de Pitt con Johnson y la de lord Grey con su adversario político Walter Scott, cuando agobiado de sus enfermedades y desgracias le aconsejaron los médicos el clima de Italia! ¡Qué contraste tambien se nota entre la conducta de Pitt con Cowper, y la de Burke, no nada rico por cierto, ni en posicion de mostrarse dadivoso por su empleo, pues á la sazón no lo tenía, con Crabbe! Dundas mismo, que no tenía la pretension de parecer hombre de buen gusto literario, y á quien no causaba mortificacion oirse calificar de político inculto, fué nuevo Mecenas y émulo de Leon X comparado con su clásico y elocuente amigo; porque al cabo colocó á Burns en un fielato de puertas, el cual destino, si no era superior de siete mil reales, su haber de un año excedió con mucho de la suma total invertida por Pitt en proteger la literatura patria durante su larga permanencia en el poder.

Aquellos mismos que se hallan persuadidos de que los gobiernos no tienen el deber de remunerar el mérito literario, no podrán negar que cuando dis-

ponen de cierto número de beneficios lucrativos y de dignidades eclesiásticas, están obligados á tener muy en memoria para la distribucion de estos beneficios y dignidades á los eclesiásticos que hayan servido bien y cumplidamente á la Iglesia. Sin embargo, nunca pareció Pitt preocuparse mucho ni poco de tales deberes. Reúnanse, sinó, las obras teológicas de cuantos prelados recibieron la mitra de su mano, y sin más tardanza se verá que todas juntas no valen cincuenta páginas de las *Flora Paulina*, ó de la *Teología natural*, ó del *Cuadro de las evidencias del Cristianismo*. Acaso por esta causa el omnipotente ministro no confirió nunca ni siquiera un beneficio á Paley.

Pero si la conducta de Pitt con los escritores fué tal como dejamos expuesto, los artistas no le merecieron más consideracion. Nada hizo por los pintores, y en cuanto á los escultores, aquellos que por encargo del Parlamento ejecutaron ciertas obras importantes, hubieron de hacer antesala en el Tesoro años enteros, sin poder conseguir de él que les pagara, no ya la totalidad de sus haberes, sino la parte siquiera. Uno hubo que despues de reclamar inútilmente su paga por espacio de catorce años, acabó por acudir al Rey en demanda de justicia, y casi puede asegurarse que, á no echar mano de un medio tan eficaz, nunca hubiera entrado en posesion de lo suyo; llegando á ser necesario por esta causa emplear en las obras indispensables que se hacian en los edificios del Gobierno los peores arquitectos de Inglaterra. Dicho se está que durante la administracion de Pitt, con ser una de las más largas que se hayan conocido, no se levantó un solo monumento, y que ninguno de los ministros que puedan serle comparados en talento y habilidad

demonstró indiferencia más completa por las letras y las artes.

Diez y siete años duró el primer Ministerio de William Pitt, largo período de tiempo que divide en dos partes exactamente iguales profunda separacion, concluyendo la primera y comenzando la segunda el otoño de 1792. Pero si durante todo el curso del período, Pitt desplegó en el más alto grado los talentos propios de jefe parlamentario, y durante su primera parte logró ser felicísimo y bajo más de un concepto habilísimo ministro, durante la segunda se mostró siempre inferior á las dificultades que se le opusieron, si bien su elocuencia y el perfecto conocimiento que tenía de la táctica parlamentaria propia de la Cámara de los Comunes fueron eficaces á encubrir á las masas su insuficiencia.

Los ocho años siguientes á las elecciones generales de 1784, fueron tan prósperos y tranquilos como cualquiera otro período igual de la historia de Inglaterra. Las naciones vecinas que habian estado en armas contra ella, y se regocijaron pensando que al perder las Colonias americanas perdía la principal fuente de su riqueza y poder, vieron entre sorprendidas y despechadas que áun era más rica y poderosa que no ántes. Así era en efecto, pues su comercio crecía y se desarrollaba, y sus manufacturas florecían y su tesoro rebosaba. Y como se temía generalmente que la carga de la Deuda pública, inferior en dos terceras partes á la que hoy día soporta la Inglaterra con desahogo, fuese abrumadora para ella, y la razon no hubiera podido ser eficaz á calmar el miedo, Pitt tranquilizó al país, merced á un escamoteo. Primero se persuadió á sí propio de la virtud del remedio, y cuando ya lo hubo conse-

guido, convenció sin gran esfuerzo á toda la nacion, incluso á sus adversarios, de que si se creaba un nuevo fondo de amortizacion, que no difería de los ya existentes, sino en la circunstancia de hallarse peor imaginado, se podria, por arte de algun misterioso talisman propio de la naturaleza misma del dinero, hacer ganar á los acreedores del Tesoro sumas cuantiosas sin extraerlas del bolsillo de los contribuyentes.

Con esto la Inglaterra, temerosa de peligros á nuestro parecer imaginarios, cobró aliento, se regocijó y saludó llena de ciega confianza el supuesto salvador proyecto, proclamando á Pitt por el primero de los hacendistas. En tanto, las dos ramas de la casa de Borbon pudieron darse cuenta de que la Gran Bretaña seguía siendo antagonista formidable, como en sus mejores tiempos; porque habiendo formado la Francia el proyecto de reducir á su vasallaje la Holanda, é interpuéstose la Inglaterra, retrocedió, y habiendo interrumpido la España de una manera violenta el comercio inglés en las regiones situadas cerca del Océano, España retrocedió tambien al ver los preparativos bélicos de los insulares. En lo interior del reino prosperaba todo bajo el imperio de la paz más completa. El Rey era popular por la primera vez de su vida, pues durante los veintitres años que contaba de reinado no lo habia sido nunca entre sus vasallos, los cuales, si hacian á sus virtudes domésticas cumplida justicia, estaban persuadidos de que carecia en la vida pública de las buenas cualidades que lo distinguian en la vida privada. En efecto, como rey era vengativo, rencoroso, tenaz y disimulado, y bajo su imperio sufrió la nacion desgastes y desgracias terribles, atribuidas unas y otras á sus invencibles antipatías y á su per-

versa obstinacion en el error. Todos sus ministros se lamentaban de haber cedido á sus lisonjas, ruegos y promesas para tomar la direccion de los negocios en circunstancias difíciles, y de que, cuando á costa de la fama y buen nombre de cada uno y á costa de sus mejores amigos habian hecho el servicio solicitado, el ingrato monarca se tornaba luégo en adversario de ellos é intrigaba para suscitarles dificultades parlamentarias y derribarlos. Chatham, Grenville y Rockingham, aunque de muy diverso carácter los tres, dignos, rectos y honrados todos, convenian en que Jorge III era uno de los hombres ménos leales que hubieran tratado, y añadan que nunca depositaba su confianza en los consejeros conocidos y responsables, sino en cortesanos é intrigantes ocultos. Y no les faltaba razon, porque mientras sus ministros se defendian en el Parlamento á cara descubierta, á instigacion del Rey los atacaba por la espalda una partida de viles mercenarios apellidados Amigos de Su Majestad, que al propio tiempo que disfrutaban los empleos más lucrativos de la corte, hablaban y votaban contra los proyectos de ley que así el lord de la Cancillería como el secretario de Estado presentaban á las Cámaras con licencia del Soberano. Pero al advenimiento de Pitt cesaron las influencias ocultas; y como su espíritu ambicioso y altivo no quedaba nunca satisfecho con las apariencias del poder, no bien percibia el rumor de algun trabajo subterráneo de palacio para minarlo, al punto lo deshacia, y si en los suyos echaba de ver muestras de insubordinacion, á toda costa restablecia la disciplina, sin más que amenazar con retirarse para imponer á todos condiciones; logrando ser por tal modo la única personalidad que hubiera entre Jorge III y la coali-

cion, y tan poderosa y fuerte cual la de los antiguos *Maires du palais*. Cedió al cabo el Rey, y la nacion lo aplaudió por haber tenido la prudencia de fiarse por completo en tan gran ministro, comenzando entónces á producir sus naturales efectos las virtudes privadas del Monarca, y siendo considerado Jorge III para en lo sucesivo como el modelo de los caballeros respetables, honrados, benévolos, sobrios y religiosos; títulos que, al cabo, merecia, por sus hábitos de temperancia, su método de vida, su escrupulosa fidelidad conyugal y su devocion no ménos escrupulosa, y á virtud de los cuales pedia fervorosamente al cielo el pueblo inglés le otorgara largos años de reinado, con tanto más afan, quanto que los vicios y defectos del príncipe de Gales, entónces amigo de los jefes de la oposicion, ponian más de manifiesto sus buenas cualidades.

La intensidad y la fuerza de la opinion pública en órden á este punto se manifestó de una manera extraordinaria en momentos solemnes para el país. Porque, como durante el otoño de 1788 adoleciera el Rey de locura, la oposicion, ávida de ocupar el poder, cometió la torpeza de pedir la Regencia para el príncipe de Gales, pretendiendo que con arreglo á la ley fundamental de Inglaterra, el heredero presunto de la Corona tenia este derecho reconocido y declarado; mas William Pitt se opuso á ello, manteniendo la verdadera doctrina constitucional, cuyo espíritu no es otro sino que cuando el soberano, por motivos de edad, enfermedad ó ausencia del reino, se halle incapacitado de ejercer las funciones de su oficio, las Cámaras determinen quién haya de ser Regente, y asimismo la extension de sus poderes. Con este motivo sobrevino el conflicto y una lucha violenta y tenaz, durante la cual la inmensa mayo-

ría de la nacion sostuvo á Pitt con el mismo entusiasmo que los primeros meses de su ministerio. Y miéntras los *tories* lo aplaudian unánimes á título de paladin de un Rey virtuoso y doliente contra un bando de gentes desleales y un hijo desnaturalizado, algunos *whigs* asentian tambien á su proyecto de poner los principios de 1688 y la autoridad del Parlamento á salvo de ciertas doctrinas que parecian tener grande relacion con la teoría servil de la inviolabilidad del derecho hereditario; y la clase media, propicia siempre á favor de las buenas costumbres y de las virtudes domésticas, hacia coro á unos y á otros, temerosa de un reinado parecido al de Carlos II. Porque todos estaban persuadidos de que si el Palacio real habia sido por espacio de treinta años asiento de las virtudes características de la familia inglesa, presto se tornaria en escuela de vicios y cátedra de los mayores desórdenes y escándalos; de que, á las modestas comidas del Monarca, sucederian los banquetes nocturnos de los cuales saldrían tambaleándose los convidados; de que de la mesa de chaquete en que jugaba S. M. algunas monedillas de plata con sus servidores, se pasaria muy luégo á las de faraon, donde se arruinaran los jóvenes patricios, y que las habitaciones de la Reina, cuya proverbial severidad de costumbres mantuvo cerradas á una generacion entera de frágiles beldades, se abrirían de par en par á las sucesoras de Luisa de Querouaille y de Bárbara Palmer. Pero aún siendo tan general la reprobacion pública en órden á la conducta del príncipe de Gales y á sus aventuras, ménos escándalo producian entre las personas sesudas y graves sus pendencias amorosas con mujeres protestantes, que su mujer legítima y católica. Por todas estas razones, aún cuando nadie

ponia en duda que debiera ejercer la Regencia, eran sus amigos y él tan impopulares, que pudo Pitt con aplauso universal proponer la limitacion de las facultades del Regente por medio de restricciones tales, que ningun príncipe virtuoso y querido de su pueblo las hubiera tolerado. Previendo entónces un cambio de gobierno, algunos partidarios del ministro lo abandonaron, pasándose á las filas de sus contrarios; pero nada perdió con esto la mayoría, pues depurada de su escoria, estrechó las filas y se reconcentró alrededor de su jefe, presentando al enemigo una línea de batalla más fuerte y firme que nunca, y dándole la victoria en todas las votaciones, merced á su cohesion y disciplina. Tres meses duró el interregno tan tempestuoso de que nos ocupamos; mas la víspera misma de quedar establecida la Regencia circuló el rumor de que S. M. habia recobrado la razon; noticia que produjo trasportes de alegría y entusiasmo en el pueblo inglés. La noche del día en que Jorge III volvió á empuñar el cetro deslumbró á Lóndres con sus resplandores la iluminacion más brillante, general y espontánea que hasta entónces se hubiera visto en Inglaterra, y el día que fué á dar gracias á Dios á la catedral, una inmensa multitud de forasteros, llegados de cien millas á la redonda, invadió las calles y las plazas del tránsito para verlo pasar y saludarlo. La iluminacion de aquella noche aventajó en magnificencia á la primera, y en cuanto á Pitt diremos que no sin trabajo pudo evitar que la muchedumbre quitara los caballos de su carroza y tirase de ella, llevándolo en triunfo desde San Pablo hasta Downing-Street.

Aquel momento histórico señaló el apogeo de la gloria y de la grandeza de Pitt; y así era, en efecto, porque tan alta rayaba su influencia entónces en el

seno del Gabinete como llegó á ser en otro tiempo la de Carr ó de Villiers, siendo su fuerza en el Parlamento tan decisiva y absoluta como lo fué la de Walpole ó de Pelham años ántes, sin que por eso le negara la multitud el mismo entusiasmo que le habían merecido Wilkes y Sacheverell. Ni tampoco podia ser de otra manera, pensando en su honrada pobreza, la cual era tan pública y grande, que si al cabo de cinco años de omnipotencia hubiera en aquel punto soltado de las manos las riendas del Gobierno, acaso la suma de su caudal no habria sido bastante á pagar los muebles de su estudio de abogado, profesion que se proponia ejercer tan luégo se apartara de los negocios públicos. Atentos á esta circunstancia, sus admiradores no querian dejar su porvenir pendiente del trabajo del bufete, por parecerles, sobre inseguro, impropio de persona de tan grandes merecimientos como él; y á decir verdad, si para crearle un capital hubieran apelado sus amigos á la suscripcion, solamente la de la *City* de Lóndres habria bastado á crearle una renta considerable; pero es dudoso que su orgullo hubiera cedido á la oferta y dejándole aceptar un caudal tan digno y tan dignamente regalado.

A esta envidiable altura, por todo extremo gloriosa, llegó William Pitt al cumplir veintinueve años; mas el reflujó de la marea debia tardar poco, porque diez dias despues del paseo triunfal de San Pablo, se reunieron los Estados generales de Francia en Versalles, al cabo de ciento setenta y cuatro años de clausura, comenzando, entónces, á palidecer su estrella.

Mucho tiempo trascurrió ántes de que pudiera ser comprendido en su verdad por los ingleses el carácter de la gran revolucion que siguió á la con-